

## DEFENDIENDO A LO QUE NOS DEFIENDE

Texto: **Joaquín Araújo**

Cuando la primera guerra del Golfo me asistió la inspiración para acuñar una frase que hizo fortuna. De hecho me la han recordado en decenas de ocasiones a lo largo de los ya suficientes años transcurridos. La convertí en la dedicatoria que encabezó mi libro “La guerra negra”, publicado por el extinto diario El Sol. Decía: “A la naturaleza y a la verdad, que tardarán mucho más que los hombres en recuperarse de esta guerra”. Nada nuevo en que todo conflicto bélico comience con mentiras. Sí, el que tengamos en cuenta las consecuencias ambientales del uso de la fuerza contra humanos, sus hogares, intereses y fuentes de aprovisionamiento. Si bien todas las guerras causan daños, no colaterales sino muy directos, sobre los sistemas espontáneos, los elementos básicos y el entorno en general, es reciente que se haga balance de la degradación ambiental que eso supone. Pocos ejemplos más elocuentes que lo sucedido en Vietnam a partir del uso de armas químicas: su devastador efecto permanece. Algo que confirma la coherencia que acompaña al ideario ecopacifista. La paz, en efecto, no debe detenerse en la no guerra, sino avanzar hasta la pacificación de nuestras conductas hacia el ambiente. Porque esa es la incesante y por supuesto grave destrucción masiva que a diario se perpetra contra la vivacidad. Que además consolida una agresión doblemente armada. Tanto por usar el instrumento de esa mentira que supone negar que le hacen la guerra a lo palpante, como por el extraordinario poder de la tecnología avanzada a la hora de desmantelar con eficaz celeridad los paisajes y lo que contienen. Por si eso fuera poco, el combustible del proceso es considerar que nada puede funcionar sin un crecimiento demográfico y económico continuo. De ahí, también, que de la misma forma que los ejércitos suelen encargarse de las primeras etapas

de la reconstrucción de los escenarios bélicos, ahora asuman una parte de la tarea de sanar al derredor natural. En todos los casos se trata de defensa. De proteger nuestro patrimonio fundacional y de hacer eficazmente a través de su mantenimiento en perfecto estado de revista. Hay que preparar la paz desde la paz con todos y con todo. Defendernos pasivamente, a menudo resulta lo más sensato y necesario.

Si nos hemos acordado de la violencia de nuestro modelo se debe a que también es correcto —al entender afortunadamente de muchos— que nuestras estrategias defensivas tengan en cuenta todos los escenarios posibles.

Conviene que seamos capaces de reconocer que una muy feliz actividad es llevada a cabo por nuestras fuerzas armadas. Sus misiones de paz, de hecho, no acaban en Afganistán, Bosnia o el Líbano. También son llevadas a cabo en nuestro país, y con dos destacados frentes. La unidad de intervención inmediata ante los desastres mal llamados naturales, sobre todo incendios. Y en segundo lugar la amplia red de espacios, que en su mayor parte fueron campos de maniobras y de diversas prácticas militares.

La amplia red, acaso mejor conservada que la de los convencionales espacios protegidos, supone un activo valiosísimo para la sociedad y momento que nos concierne. La enormidad de los servicios ambientales que prestan los terrenos del Ministerio de Defensa, deben ser valorados como imprescindibles. En realidad han pasado de ser campos de entrenamiento para la guerra, a ámbitos para adiestrarnos todos en cómo hacer la paz con nuestro hogar. Es más, fuera de los mismos a menudo se libra una feroz contienda contra casi todo lo que mantiene viva a la vida.

Porque no hay mejor sistema de seguridad que defender a lo que nos defiende. ☞